

Siguióle el viajero con los ojos, miró con extrañeza á la dueña de la casa, y después de indicarle esta con un ademán que tomase asiento, continuó ocupándose en sus quehaceres sin dirigirle una palabra. Así trascurrió media hora larga y empezaba ya á impacientarse el viajero cuando entró el dueño de la casa, que sin dar el menor indicio de sorpresa ni curiosidad, le saludó con cortesía y buscó con la vista á su mujer, la cual le repitió puntualmente las palabras del guía:

—Hay que acompañar á este caballero.

Dirigióle el recién venido una de aquellas miradas rápidas, investigadoras y cautelosas, peculiares á los vendeanos; y recobrando luego su aspecto habitual, sencillo y bondadoso, adelantóse sombrero en mano y dijo:

—¿El señor desea hacer un viaje por la comarca?—Sí, amigo; desearía ir un poco más allá.—¿El señor trae seguramente sus documentos?...—Por supuesto.—¿En regla?—En cuanto cabe.—¿Con su nombre de guerra ó con su verdadero nombre?—Con mi verdadero nombre.—Dispensad, caballero; pero me veo en la precisión de pedirlos.—¿Es indispensable?—Sí, pues sólo después de verlos podré decir si os es dado viajar por el país sin impedimento de ninguna clase.

Entrególe el viajero su pasaporte fechado en 28 de febrero, tomólo el aldeano, observó si las señas eran exactas, y en seguida se lo devolvió diciendo:

—Está bien; con estos papeles podéis ir á donde os acomode.—¿Os encargáis de hacerme acompañar?—Sí, señor.—Desearía que fuese lo más pronto posible.—Voy á mandar que ensillen los caballos.

A los diez minutos volvió el campesino, y dijo:

—Ya están preparados los caballos.—¿Y el guía?—Os está esperando.

Salió el viajero y encontró á la puerta á un mozo de labranza montado, que tenía un caballo del diestro. Marco comprendió que eran su guía y su caballo, y en efecto, apenas tuvo aquel el pié en el estribo, su nuevo conductor se puso en camino, tan callado como el primero.

Eran las nueve, y la noche oscura como boca de lobo.

V

CONTINUACIÓN DEL ANTERIOR

Después de hora y media de camino durante la cual el caminante y su guía no despegaron los labios, llegaron á la puerta de uno de aquellos edificios que tanto abundan en el país, y que son cortijo y quinta en una pieza. Detúvose el guía, y señalando al viajero que hiciese otro tanto, apeóse y llamó á la puerta. A poco fué á abrirles un criado.

—Ese caballero, le dijo el guía, desea hablar al señor.—Es muy difícil, respondió el criado; el señor está acostado.—¿Ya? dijo el viajero.

Aproximóse más el criado y añadió:

—El señor ha pasado la noche última en una cita y la mayor parte del día á caballo.—No importa, dijo el guía; es preciso que ese caballero le vea; viene de parte del señor Pascal y ha de hablar con Petit-Pierre.—Ya es otra cosa, respondió el criado; voy á despertar al señor.—Preguntadle si puede proporcionarme un guía de confianza; no necesito más.—No hará tal.—¿Qué hará pues?—El mismo os acompañará.

Tras esto volvió á entrar en la casa, y saliendo de ella al cabo de cinco minutos, dijo:

—El señor me encarga preguntaros si queréis tomar algo ó preferís continuar la marcha sin deteneros.—Como ya he comido en Nantes, prefiero continuar mi camino.

Ausentóse de nuevo el criado, y un momento después salió de la casa un joven. Este ya no era criado sino el amo de ella.

—En otras circunstancias, dijo, insistiría en rogaros que me hicieseis el obsequio de honrar mi techo un momento. Sin duda sois el sugeto llegado de París á quien espera Petit-Pierre.—El mismo, caballero.—¿El señor Marco?—Sí.—Partamos pues sin dilación, que os esperan con impaciencia.

Volvió en seguida al mozo de labranza, y díjole: —¿Está cansado tu caballo?—Desde esta mañana sólo ha andado legua y media.—Pues dámelo, que los míos están derrengados. Dentro de dos horas estaré de vuelta. Luis, haz los honores de la casa á ese camarada.

Dicho esto, montó á caballo con sorprendente ligereza, cual si aquel día sólo hubiese hecho como su cabalgadura legua y media de camino, y preguntó al viajero si estaba preparado; y habiéndole contestado éste con una seña afirmativa, emprendieron la marcha.

Cerca de un cuarto de hora anduvieron sin que ninguno de los dos despegara los labios, cuando sonó á corto trecho un grito extraño.

Estremecido Marco preguntó cuál era su significado.

—Nuestro batidor pregunta á su modo si está libre el camino, respondió el caudillo vendeano. Escuchad, poco se hará esperar la respuesta; y tocando el hombro del viajero, enseñóle con el ejemplo lo que debía hacer: paró el caballo. Efectivamente no tardó en oírse á lo lejos un segundo grito, tan parecido al primero que parecía su eco.

—Adelante, dijo el caudillo poniendo al paso su cabalgadura: nada hay que temer.—¿Con que nos precede un batidor?—Sí, y nos sigue otro á doscientos pasos de distancia, la misma que nos separa del que va delante.

—¿Quién contesta al de vanguardia?—Los aldeanos cuyas chozas están á la orilla del camino. Prestad atención cuando pasemos por delante de una de ellas, y veréis abrirse una ventanilla y asomar cautelosamente una cabeza inmóvil como si fuera de piedra, que no desaparecerá hasta perdernos de vista. Si vieses pasar en nuestro lugar los soldados de algún destacamento vecino, ese hombre saldría al instante por una puerta trasera, y si hubiese por los alrededores alguna partida de realistas, estaría prevenida un cuarto de hora antes de la llegada del destacamento.

En esto el caudillo se interrumpió exclamando:

—¡Oíd!

Paráronse los dos jinetes y dijo el viajero:

—No he oído más que el grito del explorador. ¿Y vos?—Igualmente. Nadie ha contestado.—¿Qué significa eso?—Que hay tropa por estas cercanías.

A esas palabras puso su caballo al trote, el caminante hizo otro tanto, y al cabo de algunos segundos oyeron pa-

sos precipitados: era el hombre de retaguardia que se dirigía á ellos á todo correr.

Llegados á una encrucijada encontraron al guía parado y perplejo. Como en aquel paraje se bifurcaba el camino tomando dos opuestas direcciones y en ninguna de ellas se había contestado á su grito, vacilaba en la elección. Entrambos podían conducir á un mismo punto á la corta ó á la larga; pero el de la izquierda daba un considerable rodeo. Después de deliberar un momento el jefe vendeano y el guía, internóse este último en la espesura por la derecha, y cinco minutos después le siguieron el viajero y el caudillo, dejando en el mismo sitio á su cuarto compañero, que no tardó en imitarles á su vez. Continuaban manteniéndose á igual distancia de su vanguardia y retaguardia, y así anduvieron unos trescientos pasos. De repente los dos realistas encontraron otra vez al guía parado, quien les dijo en voz baja:

—Una patrulla.

Todos prestaron atento oído, y á lo lejos oyeron en efecto el ruido acompasado de una partida de tropa. Era una patrulla del general Dermoncourt.

Encontrábanse entonces en una de aquellas hondonadas que tanto abundaban en la Vendée y las cuales desaparecen sucesivamente merced á los caminos vecinales. Erán tan escarpados los declives, que hubiera sido imposible trepasen por ellos los caballos, y por lo tanto no quedaba más recurso que retroceder hasta un paraje descubierto para desviarse del camino. Sin embargo, existía el inconveniente de que así como los dos jinetes habían oído á los soldados, podían estos oír el paso de los caballos y ponerse en su persecución. De pronto el batidor hizo una seña al caudillo vendeano. Gracias á un pasajero rayo de luna había visto el reflejo de las bayonetas é indicaba con el dedo al viajero y al caudillo la dirección en que acababan de brillar. Púsose el primero sobre aviso, y reparó que tratando los soldados de evitar el agua llovediza que suele correr por las quiebras, en vez de seguir el encajonado sendero, treparon por el declive de la izquierda. Los viajeros estaban parados sin atreverse á respirar, protegidos por las tinieblas, y sin sospecharlo los soldados pasaron casi por su lado. Hubiera bastado el relincho de un caballo para descubrirles; pero cual si hubiesen comprendido la gravedad de la situación,

los caballos permanecieron tan callados como sus dueños. Cuando se hubo extinguido por completo el ruido de las pisadas, los viajeros siguieron andando. Al cabo de un cuarto de hora dejaron el camino y penetraron en un bosque.

Allí estuvieron más desahogados, pues si la patrulla se arriesgaba á entrar de noche en la espesura, lo cual no era probable, seguiría las sendas que la cruzan, y por consiguiente, tomándó uno de los senderos conocidos de la gente del país, nada debían temer. A poco apeáronse los jinetes dando á guardar los caballos á uno de los batidores, mientras el otro desaparecía en la oscuridad, mayor en aquel paraje á causa de las primeras hojas de mayo. El jefe vendeano y el viajero siguieron el mismo camino, y apenas anduvieron doscientos pasos cuando oyeron el canto del buho.

El caudillo imitó el del mochuelo, y el primero fué repetido.

—Ya tenemos aquí á nuestro hombre, dijo el jefe.

Diez minutos después volvía el guía acompañado de Juan Oullier, único y por lo tanto primer picador del marqués de Souday, quien abandonando por el momento el ejercicio de la caza, tomaba parte activa en los acontecimientos que iban á tener lugar. En las dos presentaciones anteriores el viajero había oído siempre que el guía al hablar á una tercera persona decía:

—Este caballero tiene que hablar al señor.

Aquella vez el caudillo vendeano dijo á Juan Oullier variando la fórmula:

—Amigo mío, este caballero desea hablar á Petit-Pierre. A lo cual contestó Oullier.

—Venga conmigo.

Tendió el viajero la mano al caudillo, quien se la estrechó cordialmente, y luego llevóla al bolsillo con intención manifiesta de gratificar á los dos guías, intento que adivinó el caudillo, quien le indicó con una seña que se abstuviese de ejecutarlo, pues el buen aldeano lo tomaría por una ofensa. Comprendiendo Marco esa noble susceptibilidad, pagó al labriego con otro apretón de mano, y en seguida Juan Oullier tomó el camino por donde había venido, pronunciando esta sola palabra:

—¡Seguidme!

El caminante empezaba ya á acostumbrarse á aquellas

formas breves y misteriosas, insólitas para él, que si no denotaban conspiración flagrante, á lo menos indicaban la insurrección próxima. Apenas había visto el rostro del jefe vendeano y de los dos guías, cubiertos como iban con anchos sombreros; y en la espesura de la selva casi tampoco veía la forma de Juan Oullier, quien poco á poco acertó el paso hasta encontrarse á su lado. Conociendo vagamente que su guía tenía que decirle alguna cosa, prestó atención, y en efecto oyó murmurar estas palabras:

—Nos sigue un espía. Si desaparezo, no os dé cuidado; esperadme en el sitio donde me perdáis de vista.

El viajero contestó con un movimiento de cabeza que significaba:

—Está bien; haced lo que os acomode.

Anduvieron otros cincuenta pasos, y Oullier se internó súbitamente en el bosque. Oyóse en la espesura un rumor parecido al del corzo que se levantara espantado, rumor que fué alejándose por grados cual si en efecto lo causara dicho animal. Oyóse asimismo el paso de Juan Oullier alejándose en la misma dirección. Apoyóse el viajero en una encina, y á los veinte minutos dijo una voz junto á él:

—¡Adelante!

Estremecióse, pues esa voz era la de Oullier, quien se había acercado sin hacer el menor ruido.

—¿Qué había? preguntó el viajero.—Un matorral vacío.

—¿No había nadie?—Un bribón que conoce la selva á palmos como yo.—¿No habéis podido cogerle?

Oullier hizo con la cabeza un ademán como si le costara confesar que se le había escapado un hombre.

—¿No sabéis quién era?—Lo sospecho; mas sea quien fuere es un pícaro.

Y hallándose á la linde del bosque, añadió:

—Ya hemos llegado.

En efecto, Marco vió delante el cortijillo de la Boulevvre.

Juan Oullier miró atento á entrambos lados del camino, y vió que estaba despejado en cuanto alcanzaba la vista. Siguiéron adelante y llegaron sin tropiezo á la puerta de un cortijo, la cual abrió Oullier diciendo:

—Seguid.

Marco atravesó el camino y desapareció bajo el soportal; cerróse tras ellos la puerta, y apareció una forma blanca en la escalera.

—¿Quién va? preguntó una voz robusta é imperiosa, aunque femenina.—Yo, señorita Berta, respondió Juan Oullier.—¿Quién os acompaña?—Un caballero de París que desea hablar á Petit-Pierre.

Bajó Berta á recibir al viajero, y díjole:

—Venid, caballero.

Condújole á una pieza pobremente amueblada en la que ardía una buena lumbre junto á la cual estaba una mesa puesta con la cena servida.

—Sentáos, caballero, dijo la joven con gentil donaire y con el varonil ademán que tanta originalidad la prestaba; aquí tenéis con qué satisfacer el apetito y la sed. Petit-Pierre duerme; pero ha mandado que le despertasen si venía alguien de París. Vos venís de allí, ¿no es eso?—Sí, señorita.—Dentro de diez minutos vuelvo.

Berta desapareció como una visión. El caminante permaneció algunos segundos asombrado, pues era muy observador, y no recordaba haber visto tanta gracia unida á tanta energía: hubiera podido tomársela por el joven Aquiles vestido de mujer antes de ver brillar la espada de Ulises. Aborto en estas ó semejantes ideas, no pensó el viajero en comer ni beber, y poco después entró la joven en la estancia diciendo:

—Petit-Pierre os espera, caballero.

Salió Marco en pos de Berta á quien daba de lleno en el rostro la luz de la vela que llevaba para alumbrar la escalera. El viajero contemplaba con admiración sus hermosos cabellos, sus negros y rasgados ojos, su tez mate animada por el soplo juvenil de la salud, y su paso firme y majestuoso como el de una diosa. Sonrióse y acordándose de Virgilio, murmuró:

Incessu patuit dea.

La joven llamó á la puerta de un aposento.

—¡Adelante! respondió una voz femenina.

Abrióse la puerta, y la joven hizo una cortesía al pasar el viajero: bien se conocía que no era la humildad su principal virtud. Entró éste, y la doncella cerró la puerta quedándose fuera.

VI

UN POQUITO DE HISTORIA NUNCA ESTÁ DE MÁS

Era el aposento donde entró el desconocido una pieza muy vasta y recién construída, y en cuyas paredes húmedas, ligeramente estucadas, se veía á trechos el enmaderamiento. Acostada en un tosco lecho de pino, vió á una mujer en quien conoció á la señora duquesa de Berry, y concentró en ella toda su atención.

Las sábanas de finísima batista eran lo único que indicaba la elevada categoría de la dama. Servía de cobertor un mantón de cuadros verdes y encarnados; calentaba el aposento una chimenea de yeso guarnecida de madera, y componía el ajuar una mesa llena de papeles con dos pistolas encima. Junto á este mueble había una silla con un traje completo de aldeano y una peluca negra, y otra silla al pié del lecho con los vestidos de la princesa, la cual llevaba una cofia de lana á usanza de las mujeres del país, y leía su correspondencia á la luz de dos bujías colocadas sobre un velador de palo rosa bastante deteriorado, evidente resto del antiguo ajuar de un castillo.

Al parecer la princesa esperaba con impaciencia la llegada del viajero, pues en cuanto le vió entrar tendióle ambas manos, que éste tomó besándoselas respetuosamente y humedeciéndolas con una lágrima.

—¡Lloráis, caballero! ¿Me traéis malas noticias?—Esta lágrima brota del corazón, señora; es la expresión del profundo dolor que experimento al veros sola y aislada en un cortijo de la Vendée, á vos, á quien he visto.....

Las lágrimas le ahogaron la voz, y la duquesa terminó la frase diciendo:

—En las Tullerías, en las gradas del trono, ¿no es verdad? Seguramente, amigo mío, estaba allí peor guardada y no tan bien servida como aquí, pues aquí me sirve y custodia la lealtad que sabe sacrificarse, en tanto que allí me

servía el interés que sólo obra por cálculo; pero vamos al grano, que ya me inquieto de veros eludir la cuestión principal. ¡Pronto! dadme noticias de París. ¿Son buenas?—Creed, señora, que entusiasta como soy, siento en el alma haberme visto obligado á ser el mensajero de la prudencia.—¿Es decir que mientras mis fieles vendeanos se hacen matar por mi causa, mis amigos de París son prudentes? Ya lo véis, con razon he dicho que estaba aquí mejor guardada y servida que en las Tullerías.—Mejor guardada, tal vez; mejor servida, nó. Hay momentos en que la prudencia es madre del acierto.—Yo también tengo noticias de París, caballero, replicó contrariada la princesa, y sé que allí es inminente una revolución.—Señora, contestó el abogado con firme y sonora voz, hemos pasado año y medio en continuas asonadas, y ninguna de ellas ha tomado el carácter de revolución.—Luis Felipe es impopular.—Concedido; mas eso no prueba que Enrique V sea popular.—¡Enrique V! Mi hijo no se llama Enrique V, caballero, sino Enrique IV segundo!—Permitid que os diga, señora, que todavía es muy niño para que sepamos su verdadero nombre; y cuanto más adicto es un hombre á su jefe, tanto más debe decirle la verdad.—¿La verdad? Yo la pido, la exijo entera y sin embudo.—Pues oíd, si queréis saberla. Desgraciadamente la memoria del pueblo se ciñe á un limitado horizonte; para el pueblo hay dos grandes recuerdos de cuarenta y tres años de fecha el uno, y de diez y siete el otro: el primero es la toma de la Bastilla, esto es, la victoria del pueblo sobre la monarquía, victoria que dió á la nación la bandera tricolor; el segundo es la doble restauración de 1814 y 1815, victoria de la monarquía sobre el pueblo, la cual impuso al país la bandera blanca. En los grandes movimientos todo es símbolo, señora; la bandera tricolor es el lábaro de la libertad, y en sus pliegues se lee: *Con esta enseña vencerás*. La bandera blanca es la seña del despotismo, y en ambas caras lleva escrito: *Con esta enseña fuiste vencido*.—¡Caballero!—Habéis exigido la verdad, señora, y os la digo.—Sí; mas cuando hayais concluido, contestaré.—Corriente. Y me alegraré de que vuestra respuesta llegue á convencerme.—Seguid.—Vos, señora, salisteis de París el 28 de julio, y no visteis la saña con que el pueblo despedazaba la bandera blanca y pisoteaba las flores de lis.—¡La bandera de Denain y de Taillebourg! ¡Las flores de lis de San Luis y

de Luis XIV!—Desgraciadamente, señora, el pueblo no se acuerda sino de Waterloo, y sólo conoce á Luis XVI, nombres que significan una derrota y una ejecución. ¿Sabéis, señora, la gran dificultad que preveo para vuestro hijo, último descendiente de San Luis y de Luis XIV? Precisamente es la bandera de Taillebourg y Denain. Si S. M. Enrique V, ó Enrique IV segundo como tan acertadamente le llamáis, entra en París con la bandera blanca, no pasará del arrabal de San Antonio, y antes de llegar á la Bastilla será muerto.—¿Y si entra con la bandera tricolor?—Peor que peor, señora: antes de llegar á las Tullerías estará deshonorado.

Sobresaltóse la duquesa, y tras una corta pausa dijo:

—Tal vez sea cierto; pero amarga es la verdad.—Os la prometí pura, y cumplo la palabra.

Después de otro rato de silencio, replicó la princesa:

—No son esas las noticias que recibí de Francia y determinaron mi regreso.—No digo lo contrario, señora; mas no olvidemos que si á veces llega la verdad á oídos de los príncipes reinantes, nunca llegan á saberla los príncipes destronados.—Permitid que os diga, caballero, que á fuer de abogado sois algo paradójico.—En efecto, señora, la paradoja es achaque de la elocuencia; mas con V. A. R. no se ha de ser elocuente, sino verídico.—Dispensad. ¿No habéis dicho que los príncipes destronados nunca llegan á saber la verdad? U os habéis equivocado, ó me estáis engañando.

El abogado se mordió los labios: la duquesa hería por los mismos filos.

—¿Dije nunca, señora?—Nunca, dijisteis.—Pues suponemos una excepción y que yo lo sea.—Dadlo por supuesto, y decidme, si os place, porqué no saben nunca la verdad los príncipes destronados.—Porque al paso que los monarcas reinantes suelen estar rodeados de ambiciosos satisfechos, los príncipes destronados lo están de ambiciosos por satisfacer. Verdad es, señora, que hay en derredor vuestro algunos corazones generosos que se sacrifican con completa abnegación; pero también hay no pocas personas para quienes vuestro regreso es un medio de alcanzar fama, riqueza y honores; también hay muchos descontentos que perdieron su posición y quieren recobrarla y vengarse de los que se la quitaron. Toda esa gente ve mal los hechos y no aprecia debidamente la situación; convierte sus aspiraciones en

esperanzas, y sus esperanzas en certezas; sueña sin cesar con una revolución que si llega á estallar, de seguro no será á la hora que se figura; esa gente se engaña y os engaña; empieza por mentirse á sí misma y acaba por mentiros á vos, atrayéndoos al peligro que quiere correr. De ahí el error fatal que os ha imbuído y que debéis reconocer, señora, ante la verdad incontestable que acabo de manifestaros tal vez con aspereza, pero de un modo franco y leal. —En resumen, contestó la duquesa impaciente al ver que aquellas palabras confirmaban las que había oído en el castillo de Souday; ¿qué traéis bajo los pliegues de vuestra toga, maese Cicerón? ¿La paz ó la guerra?—Como se supone que seguimos las prácticas constitucionales, contestaré á V. A. R. que en calidad de regente os toca elegir entre los dos. —¡Yal y mis cámaras se reservan el derecho de negarme subsidios si no resuelvo lo que quieren, ¿no es eso? Conozco todas las ficciones de vuestro sistema constitucional, cuyo principal inconveniente consiste en complacer á los que hablan más, nó á los que racionan mejor. En fin, vos estaréis encargado de transmitirme la opinión de mis fieles y leales consejeros acerca de la oportunidad del levantamiento. ¿Cual es? ¿Y qué opináis vos? Mucho hemos hablado de la verdad; algunas veces es un espectro terrible. No importa; aunque mujer, no temo evocarlo. —No dudo de vuestra fortaleza de ánimo, señora; si no hubiese sabido que en vuestras venas circula la ilustre y poderosa sangre de veinte reyes, no habría consentido en encargarme de tan dolorosa comisión. —Vamos, ya pareció aquello: menos diplomacia, maese Marco. Hablad alto y firme cual debe hacerse con quién soy aquí, con un soldado.

Quitóse la corbata el viajero, y tratando de descoserla, la princesa exclamó impaciente:

—Dádmela, dádmela; yo acabaré mas pronto.

Era una carta escrita en cifras, y la duquesa, después de mirarla, dijo devolviéndola á Marco:

—Leédmela; me costaría deletrearla, y á vos os será fácil, pues debéis saber su contenido.

Tomóla el abogado y púsose á leer sin tropiezo lo que sigue:

«Las personas á quienes se ha honrado con tan distinguida confianza no pueden menos de deplorar los funestos consejos que han promovido la crisis actual, pues aunque

no dudan del buen celo y laudables intenciones de los que la han causado, deben por otro lado convenir en que esos no conocen el actual orden de cosas, ni la disposición de los ánimos.

» Creer en la posibilidad de una revolución en París es absurdo: difícil sería encontrar mil doscientos hombres que por algunos escudos quisieran salir á la calle y luchar con la guardia nacional y con una guarnición adicta al gobierno.

» Tan equivocada es la idea que se tiene de la Vendée, como la que se tuvo del Mediodía, pues aquel país clásico de la abnegación y de la generosidad ha sido devastado por un ejército numeroso ayudado de los habitantes de las ciudades, casi todos anti-legitimistas, y si se hiciese una leva de aldeanos, se ocasionaría el saqueo de las aldeas, fortaleciendo al gobierno con un fácil triunfo.

» Créese que si la madre de Enrique V se encontrase en Francia, debería apresurarse á salir de ella, ordenando á los jefes de la rebelión que depusiesen las armas y volviesen á sus hogares. De este modo, en vez de haber venido á organizar la guerra civil, habría venido á pedir la paz, lo cual le proporcionaría la doble gloria de ejecutar una acción heroica é impedir la efusión de sangre francesa.

» Los amigos circunspectos de la monarquía legítima, á quienes nunca se ha consultado acerca de semejantes proyectos, teniendo solamente noticia de los hechos ya consumados, declinan toda responsabilidad sobre sus autores y consejeros: ni pueden merecer la honra ni contribuir al vituperio en la suerte próspera ó adversa.»

La duquesa oyó esta lectura con extremada agitación. Su rostro, ordinariamente pálido, estaba encendido y pasábase una y otra vez la temblorosa mano por los cabellos echando atrás la cofia. Ni una exclamación profirió durante la lectura; mas echábase de ver que aquella calma era precursora de la tormenta, y para conjurarla, Marco dijo en seguida entregándole la misiva:

—No he sido yo, señora, quien ha escrito esta carta. —Nó, contestó la duquesa sin poderse contener; pero el que la ha traído era muy capaz de escribirla.

Comprendiendo el abogado que nada ganaría en inclinar la cabeza ante aquel genio vivo é impresionable, irguió cuanto pudo la frente y dijo:

—Sí; y declara á V. A. que si bien no aprueba ciertas

expresiones de ese escrito, está enteramente conforme con su espíritu, y participa del sentimiento que lo ha inspirado. —¿Qué sentimiento? Llamadlo egoísmo, prudencia, una prudencia muy semejante á la... —A la cobardía, ¿no es eso? ¡Cobarde llamáis al que lo abandona todo para arrostrar los azares de una situación que él no ha aconsejado! ¡Egoísta llamáis al que ha venido á deciros: ¿Queréis saber la verdad, señora? ¡oidla! Pues si queréis arrostrar una muerte tan inútil como segura, me veréis á vuestro lado, señora.

La duquesa permaneció un rato callada, y luego añadió con más suavidad:

—Aprecio vuestra adhesión, caballero; pero conocéis mal la Vendée, no juzgándola sino por lo que os han dicho los contrarios de la revuelta. —Corriente. Aun suponiendo por un momento que la Vendée se levanta como un solo hombre, os rodea con sus batallones, y no escatima sangre ni sacrificios, la Vendée no es la nación. —No contento con decirme que el pueblo de París odia las flores de lis y desprecia la bandera blanca, ¿queréis decirme también que Francia entera obraría de igual modo? —¡Ay señora! Francia es lógica; quien delira somos nosotros al soñar con una alianza entre el derecho divino y la soberanía popular, palabras que se repelen mutuamente. —Entonces opináis que debo renunciar á todas mis esperanzas, abandonar á mis amigos comprometidos, y dentro de tres días, cuando corran á las armas, dejar que me busquen en sus filas para que un extraño les diga: María Carolina, por quien ibais á combatir hasta derramar la última gota de sangre, ha desesperado de su suerte y ha retrocedido ante el destino; María Carolina ha tenido miedo. ¡Oh! jamás, jamás, caballero! —Vuestros amigos no podrán haceros semejante reproche, porque no se reunirán. —¿Ignoráis que el día 24 es el señalado para el levantamiento? —Vuestros amigos habrán recibido contraorden. —¿Cuándo? —Hoy. —¡Hoy! exclamó la duquesa incorporándose y frunciendo las cejas. ¿Y de dónde ha procedido? —De Nantes. —¿Quién se la ha dado? —Aquel á quien vos misma les mandasteis obedecer. —¿El mariscal? —El mariscal ha seguido las instrucciones del comité de París. —Pues y yo ¿no soy ya nada? —Al contrario, contestó el mensajero hincando la rodilla y juntando las manos, vos lo sois todo, y por eso miramos por vos con tanta solicitud; por eso no queremos que se gaste vuestro nombre

en un movimiento infructuoso; por eso no queremos despopularizaros con una derrota. —¡Dios mío! exclamó la duquesa tapándose los ojos, no ya con las manos, sino con los puños. ¡Qué vergüenza! ¡qué ignominia!

Cual si Marco no la hubiese oído, ó más bien cual si la resolución que debía darle á conocer fuese invariable, siguió diciendo:

—Están tomadas todas las precauciones para que V. A. pueda salir de Francia sin peligro alguno; por la bahía de Bourgneuf cruza un buque al cual puede V. A. llegar en tres horas. —¡Oh noble suelo de la Vendée! exclamó la duquesa; ¿quién hubiera dicho que me arrojarías de tu seno al implorar tu ayuda en nombre de tu Dios y de tu rey? Yo creía que sólo París era infiel é ingrato, y nunca hubiera imaginado que tú, á quien venía á reclamar un trono, me negarías un sepulcro. ¡No! ¡jamás lo hubiera creído de tí! —Partiréis, señora, ¿no es cierto? dijo el mensajero sin abandonar su postura suplicante. —Sí, partiré, dijo la duquesa, saldré de Francia para no volver, pues no quiero regresar con los extranjeros. Ya sabéis que sólo esperan una ocasión favorable para coaligarse contra Felipe, y en cuanto se presente, me pedirán á mi hijo, nó porque se interesen más por él que en 1792 por Luís XVI y en 1813 por Luís XVIII sino por tener un partido en París; mas no le tendrán, os lo juro; antes le llevaré á los montes de Calabria. Si mi hijo ha de comprar el trono de Francia con la cesión de una provincia, de una ciudad, de una fortaleza, de una casa ó de una choza, os doy mi palabra de regente y madre de que nunca subirá al solio. He concluido. Id con Dios, caballero, y repetid mis palabras á los que os han enviado.

Levantóse Marco y se inclinó ante la duquesa, esperando que le tendiese la mano; pero ella conservó su ademán amenazador sin desarrugar el ceño, y juzgando aquél que no convenía aguardar más, persuadido con razón de que mientras estuviese él allí no cedería ningún músculo de aquella generosa naturaleza, saludó á la princesa diciendo:

—Dios guíe á V. A.

No se equivocaba el mensajero, pues no bien se hubo cerrado tras él la puerta, cuando *Madama* cayó en el lecho quebrantada por tan largo esfuerzo, y prorrumpiendo en sollozos murmuró:

—¡Oh Bonneville! ¡Pobre Bonneville!